

Fué este un paso dado en el camino de la completa incorporación de la Pequeña Rusia á los confines de la Gran Rusia. El principio de la centralización en oposición al individualismo de la Pequeña Rusia empezó á tomar cuerpo, y creció la seguridad de la posesión de aquella provincia.

Además en oposición á Polonia alcanzó el Estado moscovita una ventaja esencial por la circunstancia de que los ortodoxos de los territorios polacos, que en los asuntos espirituales dependían del metropolitano de Kieff, estaban en aquellas circunstancias bajo la protección y obediencia de Moscú. Era un paso más en el camino de las reparticiones de Polonia que en cierto modo habían empezado con la cesión de la Pequeña Rusia.

Con Polonia se halló Moscú siempre en pie de guerra. Se había concluido en Andrusow (1667) no ya una paz, sino un armisticio. Comisiones diplomáticas de ambas partes habían conservado con trabajo la paz en los años 1677 y 1678 por medio de tratados provisionales. Ambos Estados necesitaban una paz estable y duradera. Polonia empezaba á agonizar y un siglo más tarde iba á concluir con la disolución mas completa. Veintisiete años había durado la lucha (1664-1681) en la Pequeña Rusia sin realizar Polonia la esperanza de apoderarse de nuevo de aquel territorio á pesar del conflicto entre Turquía y Rusia durante el reinado del czar Fedor. Polonia ya debilitada, no podía emprender nueva lucha con su vecino siempre más poderoso en el Este, no obstante hallarse entonces en el trono polaco el glorioso rey Juan Sobieski. Las dos potencias, Polonia y Rusia, que en sus encarnizadas guerras entre sí deseaban antes la alianza de los tártaros y turcos, tenían á la sazón mayor interés en aliarse contra los infieles del Sur.

En cierto sentido duraban todavía los tiempos del yugo de los tártaros. Era muy difícil llegar á un arreglo con los khanes de la Crimea. Todos los años mandaban los rusos ricos presentes á Bagchisarai que podían considerarse como una especie de tributo. A pesar de todos los sacrificios, podía temerse cada momento una ruptura y la devastación de los territorios rusos. Muchas veces había sucedido en el siglo XVII que ciudades enteras de las cercanías de la frontera rusotártara (por ejemplo Jelez, Liwny y Bielzy) fueran destruidas por los tártaros en tiempos de paz, y esclavizados sus habitantes. Verdad es que á la sazón había fortificaciones con que impedir estas invasiones de los tártaros; y además se habían construido nuevas ciudades, Tamboff, Cosloff, Oskol, etc., para consolidar aquel sistema de fortificaciones; pero aun esto no era suficiente. Que se llevaran más de 10,000 prisioneros y que fueran todos vendidos en los mercados de esclavos, era en aquellos tiempos una cosa muy corriente, tratándose de invasiones de los tártaros. El khan de Crimea dió en una ocasión al Sultan por vía de regalo 80 hermosos mancebos de Rusia y en casi todas las galeras turcas se veían remeros rusos. En todas las ciudades de Grecia, Palestina, Siria, Egipto, Anatolia, en toda la Turquía había tal número de prisioneros rusos, que los turcos, según refiere un viajero eslavo de aquel tiempo, preguntaban con desden si era posible que en Rusia quedaran todavía hombres.

En el año de 1662 se presentaron los tártaros cerca de Putiwl (actual gobierno de Kursk) y se llevaron 20,000 hombres y análogos sucesos se repitieron durante los ocho años de la regencia de Sofía.

En la Crimea se creía que se podía y aun debía maltratar á Rusia, y se cuenta que en el año 1648 había dicho el Khan: «Si Dios quiere dará la investidura al Czar, como al Waivoda de la Moldavia, como á un virey dependiente de la Puerta.» En 1682 escribió el embajador ruso en la Crimea, Taracnoff, diciendo que para sacarle mayores regalos le habían

llevado á una cuadra y allí apaleado y arrastrado á una hoguera amenazándole con crueles suplicios. Le dieron por fin la libertad, pero no sin despojarle antes de todo lo que poseía.

No era extraño que el gobierno ruso meditase adoptar medidas más enérgicas, y que también en el pueblo se manifestara el deseo de emprender algo decisivo contra los tártaros para librarse de aquella calamidad. Los tártaros eran odiados como ladrones que amenazaban la existencia y la libertad de los rusos en el Sur de Moscovia y como aliados de Polonia y vasallos del Sultan. Una guerra contra ellos era comparable con una cruzada. Aun en tiempos del czar Fedor temblaron en la misma capital ante la inminencia de un ataque de los tártaros y las líneas de fortificaciones del Sur de Moscú se pusieron en buen estado para la seguridad de la resistencia, pero solo estaban á la defensiva.

Dominaba la idea de una guerra de agresión contra la Crimea: el medio más eficaz contra los ladrones vecinos era la destrucción de sus madrigueras; la conquista de la Crimea. El serbo Crishanitsch en sus escritos políticos que compuso en Tobolsk (1660-70) demostró extensamente la posibilidad y las ventajas de tal guerra, é indicó la vergüenza y miseria de la tan repetida despojalación del Sur por parte de los tártaros. Ya no debía redimirse á los cautivos por más tiempo con regalos, ni sufrir el robo y la devastación, ni entregar al pueblo desgraciado al enemigo. Crishanitsch describe con elocuencia la hermosura de la naturaleza y la fertilidad del suelo de la Crimea. Creía que Kertsch había de ser un día la capital del imperio ruso y recuerda á este propósito á Mitridates; señala las ventajas del desarrollo del comercio en el mar Negro, donde había buenos puertos, adonde afluan los ríos rusos y llegaban mercancías de todas las regiones. El éxito de una expedición contra la Crimea era para el arriesgado publicista sumamente fácil. Opinaba que los tártaros eran fuertes únicamente cuando acometían, pero en sus domicilios podían ser vencidos fácilmente. Crishanitsch llega hasta asegurar que si en otros casos el derecho de gentes no permitía el exterminio de un pueblo vencido, no podía aplicarse esta regla á los tártaros, por ser enemigos del cristianismo y ladrones, y que se les podía expulsar con el mismo derecho con que los españoles habían expulsado á los moros y judíos (1).

Empezaban entonces á tratarse en Europa las cuestiones de Oriente. No solo Rusia había estado á la defensiva y pensaba ahora en la ofensiva; los turcos que en 1683 sitiaron á Viena se disponían á recibir ataques de varias potencias europeas. El Papa, la república de Venecia y el reino de Polonia se preparaban á una alianza contra el Islamismo. No solo en la península de los Balkanes, sino también en Italia hablaba todo el mundo de una profecía, según la cual se hallaba próxima la ruina completa de Turquía. Parecía que los tiempos de las cruzadas volvían de nuevo á la escena.

Este movimiento fué de la mayor importancia para las relaciones de Rusia con la Europa occidental: se trataba del mismo interés para todos los Estados de Europa. Así como Töekeli en Hungría se había aliado con los turcos contra el Sultan durante la lucha contra Moscú en la Pequeña Rusia. El imperio ruso era el solidario de todo el resto del mundo cristiano.

Cuando el emperador Leopoldo y el rey de Polonia, Juan Sobieski, hicieron alianza, invitaron al Czar de Moscú á que se adhiera á ella. Lo mismo se hizo cuando la república de Venecia se unió en el año 1684 á la alianza de Austria y

(1) Escritos de Crishanitsch, II, 88, 177 sig.

Polonia. Sobieski escribió al Czar que había llegado ya el momento oportuno de expulsar á los turcos de Europa.

Rusia por causa de Polonia no podía pensar en excluirse del movimiento general. En la viva lucha que había surgido entre Polonia y la Puerta, su separación podía tener de cualquier manera consecuencias muy funestas para el Estado ruso. Si vencía Turquía, podía esperarse la aparición de ejércitos turcos ante las murallas de Kieff, y si Polonia vencía á la Puerta sin la ayuda de los rusos, era de temer la preponderancia de este vecino, que hasta poco hacía era mucho más fuerte, y en tal caso la posesión de Kieff se habría visto otra vez amenazada.

Por eso debía entrar en negociaciones serias con Polonia, y al efecto se reunió en Andrusow á principios de 1684 un congreso de plenipotenciarios de ambos Estados. A pesar de las 39 sesiones que se celebraron, los resultados fueron completamente nulos. Los rusos enmudecían cuando se trataba de la restitución de Kieff, mientras que los polacos insistían más y más en este punto como antes lo habían hecho. Mientras tanto, el gobierno de Moscú no podía tampoco resolverse á emprender enérgicas medidas contra los tártaros y turcos.

Mientras seguían estas negociaciones en Andrusow, el jefe de la política exterior, el príncipe Golizyn, suplicó á Patrik Gordon, militar muy experimentado, que estaba al servicio de Rusia hacía ya diez años, que diese su opinión acerca del particular. Gordon expuso primeramente (1) todos los inconvenientes de una campaña hácia el Sur y es notable que después advirtiera el grave peligro de que habiendo dos Czares, se formasen en la corte varios partidos, y que cualquiera casual contratiempo que en empresa tan arriesgada de política exterior se experimentase, atrajera sobre el que la hubiera acometido la cólera «del monarca en edad más madura.» Cinco años después se realizó este temor. Las expediciones de Golizyn contra la Crimea salieron mal; hubo partidos en la corte y la cólera de Pedro contra Golizyn ocasionó un cambio de gobierno. Gordon llamó también la atención del príncipe sobre las dificultades económicas y sobre los defectos en la organización del ejército ruso, que se habían hecho visibles con ocasión de las campañas de Tschigirin (1677 y 1678). Sin embargo, aconsejó que se emprendiera la guerra contra los tártaros, advirtiendo que no era prudente dejar al vecino reino de Polonia toda la gloria de una guerra, tal vez provechosa contra los infieles. Se trata además, añadía, «de prestar á Dios un servicio agradable,» destruyendo aquella guarida tan peligrosa para los cristianos, la Crimea; «de adquirir la mayor gloria posible que jamás alcanzó nación alguna» y de enriquecerse en la expedición con los ricos tesoros que guardaba Crimea.

Es bien extraño que Gordon, dada su circunspección y experiencia, no se fijase más en el peligro que había de ofrecer aquella árida estepa, á un ejército numeroso que tenía que atravesarla. Gordon confiaba en un éxito feliz, como poco antes Crishanitsch había creído en la posibilidad de una conquista de la Crimea.

Parece que Golizyn no participó entonces de aquel optimismo, pues rompió las negociaciones de Andrusow. Tampoco la embajada del emperador Leopoldo, que fué á Moscú en mayo de 1684 y exhortó al gobierno á que tratara de «cortar la mano derecha del Sultan,» es decir, de conquistar la Crimea, logró su objeto apetecido, porque Golizyn creyó que no debía pensarse en ningún movimiento de agresión contra la Crimea, si antes Polonia no desistía de una manera formal é irrevocable de sus pretensiones sobre Kieff.

(1) Diario de P. Gordon, II, 4 y 11.

Esta última condición tuvo pronto cumplimiento. Polonia, —que hasta entonces había estado peleando sin resultados contra los turcos, teniendo que levantar el sitio de Kamenez y viendo frustrada la invasión de Jablonosky en Moldavia,— se mostró más condescendiente.

A principios del año 1686, se presentó en Moscú una embajada polaca con objeto de celebrar las negociaciones que el mismo Golizyn dirigió con habilidad extraordinaria. Se mantuvo firme contra todas las pretensiones de Polonia, y los embajadores, estuvieron á punto de marcharse sin alcanzar resultado alguno satisfactorio; pero por fin se llegó á establecer una paz duradera con Rusia, el día 21 de abril. Rusia pagó 146,000 rublos, obligándose además á hacer la guerra á Crimea al año siguiente y Polonia renunció á Kieff.

Fué este un buen resultado para Moscú, aunque en parte aparente, porque no sabía lo difícil de la empresa á que se había obligado, es decir, de atacar á la Crimea, ni comprendía las malas condiciones en que se hallaba para esta guerra. Sin embargo, fué una verdadera ventaja que volvieran á Rusia los territorios por tanto tiempo disputados. Se cuenta que el rey Juan Sobieski ratificó el tratado de Lemberg con lágrimas en los ojos.

Sofía por el contrario, celebró el suceso con acciones de gracias y con mercedes que repartió con largueza, especialmente al príncipe Golizyn.

«Nunca, dijo la regente en el manifiesto con que anunció la paz con Polonia, ocultando la noticia de la guerra inminente con los tártaros, nunca concluyeron nuestros predecesores una paz tan gloriosa.» En otro lugar decía: «La gloria, del esclarecido Estado ruso llega hasta los últimos confines del universo».

Sofía se encontraba en el apogeo de su poderío y de su gloria, y creyó poder aventurar una usurpación. En los documentos relativos á las mercedes otorgadas con ocasión de aquel tratado, se llama ella por vez primera «Soberana.» No sabía que iba directamente á una catástrofe.

La conclusión del tratado fué en verdad un suceso de importancia, pues significaba una estrecha alianza con un Estado que estaba á mejor altura de civilización que Rusia. Los polacos aseguraron después que los moscovitas debían al rey Juan Sobieski el desarrollo de sus facultades militares y «cierta urbanidad,» consecuencia del tratado concluido en 1686 (2).

Lo que más importaba á Rusia era saber si saldría victoriosa de la guerra contra los tártaros; pero el recuerdo de las campañas de Tschigirin no podía alentarla mucho, y en la guerra con Turquía en tiempos del czar Fedor había concluido por pedir Rusia la paz.

En oposición á las esperanzas de Crishanitsch y de Gordon, el Hetman de la Pequeña Rusia, Ssamoilowitz, había levantado su voz como Casandra augurando grandes males de una alianza con Polonia, y una guerra con la Crimea. Sostenía que no se podía conquistar esta última, y en caso afirmativo que era imposible conservarla; demostraba la falta de disciplina del ejército ruso, y recordaba que el anciano general Romodanowsky no pudo hacer nada con sus oficiales en las campañas de Tschigirin.

Como partidario de la ortodoxia censuró Ssamoilowitz la alianza con potencias católicas. La misión de Rusia para con los griegos y eslavos del Sur, cuya única esperanza era el Estado de Moscú, le pareció comprometida por la alianza con los opresores de la ortodoxia. Él por su parte hubiera recomendado mejor una alianza de Rusia con los tártaros contra Polonia.

(2) Observaciones de los senadores polacos, 1696, después de la toma de Azof. Ssolowieff, XIV 231.

Esto último no era ya posible; pues que según hemos visto en otro lugar, había sido insultado el diplomático ruso Tarakanoff (1682) en Bagchisarai, y la regente había manifestado al Khan que ya no volvería a mandar embajadores a la Crimea, y que las comunicaciones y entrega de los regalos se harían en adelante en la frontera. Sofía pidió además al Khan que conservase la paz con Polonia, al paso que este aconsejaba a la regente precisamente lo contrario.

Rusia estaba ya dispuesta a declarar la guerra. También el gobierno ruso tenía puesta a prueba su paciencia con respecto a Turquía. El territorio de Tschigirin ocupado por fuerzas turcas, lindaba en parte con Rusia, y aquí pusieron en práctica su obra destructora los incendiarios turcos, y se agitaban sus emisarios excitando a la población de la Pequeña Rusia a que se sublevase contra sus autoridades. Aun duró algún tiempo la lucha en aquella comarca, y para mejor asegurar su posesión había que hacer nuevas conquistas al Sur.

El hetman Ssamoilowitz, que se había indispuesto con el príncipe Golizyn, recibió una reprensión por su cobardía, y se desató también una carta del patriarca de Constantinopla, Dionisio, en la cual suplicaba al gobierno ruso que no hiciera la guerra, porque en caso de declararla, serían pasados a cuchillo todos los cristianos de la península de los Balcanes. A pesar de esto continuaron los preparativos.

La empresa de esta campaña no correspondía en manera alguna al entusiasmo del gobierno y al tono altivo del manifiesto en que anunciaba la princesa a sus súbditos la guerra contra los tártaros. Por dos veces se hizo la tentativa de conquistar la Crimea, en los años 1687 y 1689. En la primera no llegaron las tropas rusas a la frontera de la península, y en la segunda hicieron alto en el istmo de Perekop. En ambas ocasiones tuvieron que declararse en retirada y sufrir mucho por el rigor del clima. El excesivo calor, la falta de aguas, la imposibilidad de proveer de alimentos al ejército en aquella árida estepa, y algún desaliento por parte del jefe expedicionario, el príncipe Golizyn, fueron causa de que fracasase por completo aquella expedición.

Golizyn había dado muchas pruebas de buen diplomático, pero como general hizo fiasco. Las expediciones de los años de que vamos tratando pertenecen a los episodios más lamentables de la historia guerrera de Rusia.

Contra su deseo y voluntad aceptó Golizyn el mando en jefe del ejército expedicionario: tenía adversarios y sabía que estos se aprovecharían de su ausencia para prepararle asechanzas. Por las muchas cartas que Golizyn dirigió a su confidente Schaklowityi durante la campaña de 1687, sabemos hasta qué punto le quitaron la tranquilidad y el sosiego que tanta falta le hacían como jefe de un ejército de 100,000 soldados, los manejos de sus enemigos y lo que se trataba de hacer en la capital contra él.

Tuvo que luchar con grandes dificultades. La movilización del ejército costó largo tiempo y las tropas llamadas de los diversos puntos tardaron mucho en llegar al designado para la reunión general. Una buena parte de los que estaban obligados al servicio ni siquiera se presentaron. La organización militar era muy pobre; la marcha de las tropas se emprendió en una estación nada a propósito, pues los rigurosos calores del verano la hicieron en extremo difícil, y el espíritu de las tropas dejaba mucho que desear. La nobleza cuyos individuos estaban obligados al servicio militar y formaban la caballería, se manifestó también hostil a Golizyn aun antes de empezar la campaña. Algunos de ellos se presentaron con trajes de luto y cubiertos de negro los caballos para indicar de un modo expresivo que no esperaban ningún resultado. Golizyn necesitó procurarse poderes extraordina-

rios de la capital, por medio de su amigo Schaklowityi, para poder atemorizar con amenazas aquellos elementos rebeldes del ejército. El inmenso bagaje retardaba la marcha y el ejército caminaba formando un cuadrilátero de dos werstas de largo por una de ancho (1). En los partes oficiales que daba Golizyn decía que avanzaba con gran rapidez, pero necesitó siete semanas para andar cien leguas. A esto hay que agregar la mala gana con que el ejército de la Pequeña Rusia iba a la guerra, bajo las órdenes del hetman Ssamoilowitz. El mismo Hetman era hostil a la guerra. Los cosacos no tenían interés ninguno en que se conquistase la Crimea, y no pocas veces habían peleado con los tártaros contra los rusos y polacos. Después de la conquista tuvo ya más influjo sobre los cosacos el poder centralizador del Estado de Moscou.

Lo peor del caso fué el incendio de la estepa, y nunca se llegó a saber quién le causó, aunque se llegó a sospechar que los tártaros. Se acusó igualmente de este atentado a los cosacos, al hetman Ssamoilowitz y hasta al mismo Golizyn (2). También pudo ocurrir aquel incendio por descuido; pero sea de ello lo que quiera, este inesperado suceso frustró la campaña, pues faltó el forraje para la caballería. Las enfermedades hicieron también sus estragos en el ejército; este tuvo que hacer alto en las márgenes de un pequeño río distante doscientas werstas del istmo de Perekop (Golizyn computa la distancia en noventa werstas) y se resolvió a regresar sin dar vista siquiera al enemigo.

Sofía temía tal vez que los enemigos de Golizyn vengieran si él regresaba cubierto de oprobio; por esto, y cuando ya se hallaba en camino, le salió al encuentro Schaklowityi con orden de que volviese a campaña. Dábanse instrucciones para que los cosacos del Don atacasen a la Crimea desde el mar y los cosacos de la Pequeña Rusia la invadieran desde el Dnieper, intentando él a la vez tomar las fortalezas turcas desde la parte inferior de este río; y si todo esto era imposible hacerlo a la vez, se le mandaba que construyese algunos fuertes en la parte Sur. Golizyn no hizo nada de lo que se le mandaba y se volvió. Parece que ya en el camino tomó una parte muy activa en la caída del hetman Ssamoilowitz, el cual a consecuencia de insidiosos manejos en el ejército de la Pequeña Rusia fué depuesto de su empleo. Mazeppa, el tipo de la malignidad, de la perfidia y de la astucia que los habitantes de la Pequeña Rusia habían aprendido a usar bajo el yugo de Polonia y con la vecindad de los tártaros, fué nombrado Hetman. No era este cambio favorable para la política rusa. Ssamoilowitz había prestado grandes servicios al gobierno y Mazeppa debía ser traidor a Rusia veinte años después. El primero acabó sus días en el destierro y uno de sus hijos fué decapitado. De Golizyn se refiere que con motivo de la confiscación de los bienes del Hetman depuesto, no se había olvidado de sí mismo (3). Está probado que indujo al nuevo Hetman a que le regalase 10,000 rublos (4).

En Moscou tuvo que conformarse el infortunado general

(1) Véase Korb, *Diarium itineris*, etc., 242. Los detalles de la marcha en Gordon II, 171 y sig. 7 werstas forman una legua geográfica.

(2) Cuenta Schleusing, (De los dos czares en Rusia, Ivan y Pedro, etc. Estado mayor, Zittau 1693), que Golizyn había tenido correspondencia secreta con los tártaros y mandado incendiar la yerba de la estepa, por cuya razón una buena parte del ejército se asfixió con el humo. También el autor del folleto *Coloquios en el reino de los muertos* (224, Entrevista entre las sombras de Basilio Golizyn y el general ruso C. de Hochmuth. Leipzig 17-37, 4 p. 1184), atribuye al príncipe Golizyn el incendio de la estepa.

(3) Neuville sospecha esto por el hecho de haber adquirido 400 fuentes de plata.

(4) Véase la súplica de Mazeppa para restituir esta suma, en Ustrialoff, I, 356.

con su mala suerte. Recibió una cadena de oro y una moneda conmemorativa que pesaba 300 ducados: los coroneles y generales recibieron también medalla (1) y hasta los soldados fueron recompensados. El tono con que habló la regente en su manifiesto acerca del pánico de los tártaros al acercarse el ejército ruso, estaba en abierta oposición con el éxito alcanzado. Importaba al gobierno engañar también al extranjero en lo relativo a las operaciones militares. El embajador holandés, barón de Keller, facilitó la publicación en los diarios de los Países Bajos de una apología del príncipe escrita por el mismo Golizyn y relativa a la campaña de la Crimea (2).

La situación era difícil y el gobierno por cuestiones económicas apenas podía renovar la empresa, aun haciendo supremos esfuerzos. Necesitaba tiempo para reunir nuevas fuerzas. Todo el año de 1688 se pasó en preparativos para una segunda campaña y en la construcción de la fortaleza de Bogorodizk sobre el Ssamara, afluente del Dnieper y puesto avanzado donde se podían reunir tropas, viveres y pertrechos de guerra. Pero los alrededores del fuerte estaban expuestos a la invasión de los tártaros (3), y en marzo de 1688 fueron conducidos de los territorios fronterizos a la esclavitud tártara unos 60,000 rusos. Era pues preciso volver con nuevo vigor a la guerra.

Malo era que no se pudiese contar con la cooperación eficaz de los polacos, los cuales no habiendo obtenido resultados favorables en la guerra, pensaban en una paz por separado con Turquía (4). De aquí que el gobierno ruso necesitara proceder con mucha más energía.

Ha llegado hasta nosotros una instrucción dada por el embajador ruso en Polonia, que revela lo lejos que iban las esperanzas y pretensiones del gobierno. Wosnizyn comunicó al embajador imperial en Varsovia, que la corte de Moscou había oído con sorpresa que el emperador y el rey de Polonia pensaban firmar una paz por separado con la Puerta; que esto sería indecoroso e indigno, pero que si querían en efecto la paz, Rusia propondría al sultán las siguientes condiciones: 1.ª alejamiento de todos los tártaros de la Crimea al Asia Menor y cesión de la Crimea a Rusia; 2.ª separación de los turcos y tártaros de los alrededores de Azof y cesión de esta ciudad a Rusia; 3.ª cesión ó por lo menos demolición de los fuertes turcos de la parte inferior del Dnieper; 4.ª devolución de todos los prisioneros rusos y de la Pequeña Rusia; 5.ª indemnización de guerra de 2.000,000 de ducados (5).

Es dudoso que se pensase en pasar a la Turquía estas comunicaciones, que por su dureza ni aun Catalina II impuso nunca después de sus victorias. Tal vez se pensara en ejercer alguna presión sobre la política imperial y sobre Polonia, ya que se presentaba extremadamente optimista. Pero que se emplease este lenguaje después de haber fracasado la campaña del año 1687 demuestra que no se atribuía tanta importancia a aquel descalabro, ó por lo menos que se confiaba en alcanzar grandes resultados en la segunda campaña de 1687.

Además, las circunstancias del tiempo parecían muy favo-

(1) Véase Iversen, medallas para conmemorar los hechos de Pedro el Grande, S. Petersburgo, 1872, p. 2.

(2) Véase Posselt, Lefort I, 389. La carta de Keller de 18 de noviembre de 1698. Pero el embajador sueco Kochen oyó que en la campaña de 1687 habían perecido de 40 a 50,000 hombres. Véase la revista *Russkaja Starina* 1878, II, 122.

(3) Kochen escribía en 18 de noviembre «que la nueva fortaleza tenía por objeto vigilar a los cosacos e impedir su reunión con los tártaros. Mazeppa dió estos consejos: *Russkaja Starina*, 878, II, 123.

(4) Véase el diario de Gordon de 8 de noviembre de 1688.

(5) Archivos en Ustrialoff, I, 217.

rables. Los austriacos y venecianos acababan de obtener una serie de ventajas en la Hungría, Dalmacia y Morea.

Se despertaron las esperanzas de los eslavos del Sur y las de los cristianos de los Balcanes. Dionisio, patriarca que había sido de Constantinopla, atribuía la pérdida de su posición a su condescendencia respecto de los asuntos de la Iglesia de la Pequeña Rusia, y mandó por mediación de un clérigo del monte Athos una carta a los Czares, en la cual aseguraba que Rusia dormía mientras que todos se levantaban contra el «Anticristo.» En otro lugar decía: «todos los piadosos, los serbios y búlgaros, los moldavos y válacos, esperan vuestro imperio: no durmais, levantaos y corred a salvarnos.» El mismo monje llevó también una carta del Hospodar de la Valaquia, Schtscherban Kantakusin (Cantacuzeno), en la cual decía que los fieles ortodoxos esperaban ser libertados por los Czares «de las garras de Faraon.» Una tercera carta de igual contenido se atribuía al patriarca de Servia. El mensajero añadió de palabra en nombre de todos los eslavos y griegos, que Rusia debería tener tanto más interés en hacer algo decisivo, cuanto que se trataba, no solo de libertar a los ortodoxos del yugo turco, sino de sustraerlos a la influencia católica de Austria y de Venecia, que se aumentaría con los resultados obtenidos en la Hungría y en la Morea. Cantacuzeno ofreció un cuerpo auxiliar de 70,000 soldados para apoyar las operaciones de los rusos en la Budschak-Tartaria (6). Aconsejó entrar directamente en las regiones del Danubio, diciendo que así todos los pueblos se levantarían, el camino de Constantinopla estaría expedito y muchos miles de hombres se unirían a los rusos.

Muchas veces se abrigaron estas ilusiones y Pedro el Grande estuvo expuesto a perecer en 1711 por haber participado de tales esperanzas. Que en un tiempo en que aun no se había tomado a Azof ni se había alcanzado la victoria de Poltawa tuviera el poder de Rusia aquellas esperanzas, demostraba cierta solidaridad con el mundo griego ortodoxo. No debía extrañarse nadie de que el gobierno de Moscou concibiera aquellos planes atrevidos. Bogdan Chamelnizky, Hetman de la Pequeña Rusia, al recomendar la adhesión de su patria al Estado de Moscou, había llamado precisamente la atención hacia aquella solidaridad de los eslavos meridionales con los cristianos de los Balcanes, y Yuri Crishanistsch, primer panslavita, había revelado estas ideas en sus escritos científicos histórico-políticos. En aquella ocasión no podía el gobierno contestar con indiferencia a aquellas aspiraciones.

Los Czares, es decir, Sofía y Golizyn, dieron por respuesta a aquellas manifestaciones que tan luego como hubieran conquistado Crimea tomarían la vuelta del Danubio.

Pero estuvieron muy lejos de alcanzar su primer objeto; pues también la segunda campaña tuvo un éxito lamentable. El pueblo sobrecitado a consecuencia de este contratiempo, intentó asesinar al príncipe Golizyn.

El autor de este atentado fué atormentado y ejecutado en secreto. Cierta noche colocaron un ataúd a la puerta de la casa del príncipe con una carta anónima en la que le amenazaba el pueblo con la muerte si la segunda campaña no tenía mejores resultados que la primera (7). El barón de Keller escribió a los Estados generales que si la segunda campaña no daba mejores resultados que la primera estallaría una revolución general en el país. No se atrevió a consignar en el papel los motivos de una situación tan difícil.

Todos, pues, representaron un papel importante; creyeron hallarse próximos a la solución de la cuestión oriental,

(6) La estepa al Noroeste del mar Negro.

(7) Véase Ssolowiewf p. 58. En los «Coloquios del reino de los muertos» se habla de 300 conjurados.

pero estaban ya en vísperas de una revolución interior del Estado.

En esta segunda campaña, con el fin de evitar los sufrimientos del verano, se emprendió la expedición en invierno. Pero las abundantes aguas de la primavera dificultaron la marcha y el ejército tropezó con insuperables dificultades para el transporte de víveres y pertrechos de guerra. Sin embargo, avanzó hacia el Sur no sin hacer alto dos jornadas antes de llegar a Perekop y sostener varias escaramuzas con los tártaros que Golizyn en los partes oficiales describía como grandes batallas y gloriosas victorias.

El 20 de mayo se hallaban ya los rusos cerca de Perekop. El aprovisionamiento de las tropas se hacía casi imposible. Del otro lado del istmo, que estaba bien defendido y fortificado por los tártaros, se extendía el desierto sin agua.

Cuando en el ejército de Golizyn se esperaba la orden de ataque, se ordenó de pronto la retirada.

Golizyn había entablado negociaciones con el Khan, y sin lograr la paz ni siquiera un armisticio, de ellas fué el resultado la retirada de los rusos.

Golizyn y su ayudante, el general Nepluyeff, sostuvieron en los informes oficiales y en las declaraciones justificativas que las negociaciones habían sido entabladas á petición del Khan y que pedía este la paz con grandes instancias; pero los rusos y polacos que se hallaban entonces prisioneros de guerra de los tártaros afirmaron, por el contrario, que la iniciativa de las negociaciones había partido de Golizyn. No debemos dar gran crédito ni á unos ni á otros, porque la falta de veracidad era en parte una consecuencia natural del terror que entonces se empleaba en las causas criminales; pero es seguro que Golizyn obró arbitrariamente entablado las negociaciones sin aconsejarse de militares eminentes como Mazeppa y Schein; que los partes que daba Golizyn al gobierno, así como los informes comunicados á las potencias acerca de los resultados de aquella campaña, no correspondían á la verdad de lo sucedido, y por último que su comportamiento nada heroico, ni siquiera franco, y la detención en Perekop contribuyeron mucho á su caída. La acusación contra él lanzada de que los tártaros le habían sobornado, noticia extractada de autoridades poco fidedignas, es decir, de rusos que se hallaban prisioneros de guerra de los tártaros, carece probablemente de fundamento. Pero que Golizyn hiciera todo lo posible, según consta por documentos fehacientes, por presentar el curso de la campaña muy favorable, era muy natural. Aun así se estrellaron todos sus esfuerzos, porque en Rusia no quedó oculta la vergüenza de aquel episodio, ni siquiera entre las clases bajas de la sociedad (1). Con qué peligros y con qué pérdidas se verificó la retirada de las tropas, durante la cual fueron incesantemente acosadas por los tártaros, lo sabemos por el diario de Gordon, por una carta que dirigió al conde Errol, la cual contiene una breve pero muy instructiva relación de toda la campaña, y últimamente por las cartas que Lefort dirigió á sus parientes de Suiza en las que dice entre otras cosas lo siguiente: «Los moscovitas perdieron 35,000 hombres, 20,000 muertos y 15,000 prisioneros, 70 cañones y todo el material de guerra». Es de advertir que Lefort fué testigo ocular y estaba con el ejército.

En vano divulgó Golizyn en el extranjero extensos relatos de pretendidas victorias que costaron á los tártaros millares de cadáveres, mientras que los mas valientes habían caído prisioneros de guerra de los rusos. En vano la regente

(1) Véanse los escritos de Possoschkoff, I, 286, y mi escrito: Ivan Possoschkoff. Ideas y asuntos de Rusia en tiempos de Pedro el Grande, Leipzig, 1878, p. 214 y siguientes. Mastein refiere que Münnich, en el reinado de Ana, recobró los cañones que Golizyn había perdido en 1689.

Sofía se entusiasmaba cuando escribía á Golizyn felicitándole por la gloria con que se había cubierto y comparándole á Moisés que dirigió á los israelitas por el mar Rojo. En vano se pensó en colmar de recompensas al general en jefe y á los demás generales por los servicios prestados en la campaña que por segunda vez había dado tan malos resultados, tratando así de encubrir aquel descalabro: las pretendidas recompensas y aquel tejido de mentiras ocasionaron una crisis política cuyas víctimas fueron Sofía y Golizyn. El temor manifestado por Gordon en 1684 de que el mal éxito de una campaña excitara la cólera del Czar cuando llegara á la mayor edad, iba entonces á realizarse.

CAPITULO V

CAIDA DE LA REGENTE

Pedro había experimentado cuando niño varias vicisitudes de la suerte. Hasta llegar á los cuatro años, él y su madre habían ocupado el primer puesto al lado del czar Alejo. Durante el reinado de Fedor ambos fueron desatendidos, aunque Pedro fué despues czar por espacio de un mes. Entonces hubo nuevos cambios. Los Miloslawsky vencieron á los Naryschkin; Ivan, el hermano imbecil de Pedro, fué proclamado primer czar y este ocupó el segundo puesto. Sofía que imperaba tenía muy pocos deseos de entregar en su día á Pedro, que ya estaba muy crecido, las riendas del gobierno.

Pedro en realidad desempeñó el puesto de czar en las fiestas de la corte y en las solemnes audiencias de diplomáticos extranjeros. Habíase erigido un doble trono para los dos Czares y sus funciones consistían en recibir sentados á los embajadores y demás personajes á quienes se daba audiencia.

Se han conservado algunos datos relativos á la impresión que causaba entonces la persona del joven Pedro. El secretario de la embajada de Suecia, que estuvo en Moscou en el año 1683, hizo el retrato de los dos Czares. Pedro se hallaba sentado con la mirada levantada y expresiva; era de hermosura admirable, «capaz de enamorar, según observa Kämpfer, aun sin saber que era una persona imperial, no un joven cualquiera.» Cuando los Czares tenían que levantarse para informarse acerca de la salud del rey de Suecia, Ivan necesitaba de su ayo que despojaba al Czar de su gorro; pero Pedro se levantaba con agilidad y destreza y tenían necesidad de advertirle que se detuviera para cumplir con el ceremonial hasta que Ivan pudiese hablar á la vez que él (2).

Esto mismo observó el embajador imperial Hovel que fué recibido en audiencia particular por el czar Ivan (1684), añadiendo que causaba su persona una impresión nada agradable, por lo cual creía Hovel, que, dada la debilidad de Ivan, no podría ser de larga duración el reinado de ambos Czares (3). Encantado de la gracia y expresión del niño Pedro, el médico Rinhuber, que fué recibido en audiencia por el joven Czar, ponderó su hermosura y talento haciendo notar que la naturaleza había sido con él hartó pródiga.

Era natural que cuando, por ejemplo, Gordon tenía que solicitar alguna audiencia en 1684 tratara de diferirla por no querer ver al czar Ivan, único entonces, por hallarse Pedro

(2) Véase la relación de viajes de Koempfer en la obra de Adelung sobre Meyerberg. San Petersburgo 1827, ps. 349 y 350.

(3) El czar Ivan goza de muy poca salud; está casi ciego y puede creerse que no durará mucho *in dubius simul*, y aunque es verdad que Pedro tiene las simpatías de los Boyardos y senadores, la hermana Sofía prefiere al hermano mayor. Todos debemos confesar que un señor tan imbecil y enfermo no vale para el gobierno, por lo cual los Boyardos se lamentan con frecuencia y no dejan de reconocerlo. Véase Adelung sobre los viajeros en Rusia, II, 371.

enfermo de viruelas. Cuando por fin se celebró delante del czar Ivan, tenía este el semblante abatido y permaneció mudo todo el tiempo de la audiencia. La enfermedad de Pedro despertó el interés de los extranjeros, y el barón de Keller refiere que en los círculos de estos, cuando convalcía, reinó general alegría y para expresarla se celebraron fiestas y banquetes, á los cuales fueron invitados el príncipe Boris, Golizyn, y otros rusos de la grandeza. En general, Keller hablaba con frecuencia en sus despachos del czar Pedro, y cuenta por ejemplo que el joven Czar vivía ordinariamente en el campo entregado á sus diversiones y que las relaciones de los dos hermanos eran muy cordiales. Entusiasmado de la persona de Pedro escribía Keller en 1685: «El joven Czar va á cumplir los 13 años y la naturaleza se desarrolla en él muy rápidamente y con facilidad; es de buena estatura y de gallardo aspecto, y crece tanto y de una manera tan visible en inteligencia y talento cuanto es el amor que va ganando cada día en el corazón de todos: su afición por la milicia es grande, así que es de esperar con justicia que en su mayor edad realizará actos de valor y heroicas hazañas y que un día los tártaros de la Crimea en sus violentos ataques sentirán el peso de su yugo quedando desconcertados en las aspiraciones ya manifestadas en tiempos del padre del joven Czar.»

Acerca de los juegos de Pedro, propios de la milicia, durante la regencia de Sofía, hay datos que revelan que aquellos eran de valor diferente. Poca atención nos merecen las anécdotas que se cuentan y según las cuales la organización de regimientos de juego, que constituían el punto de partida de una nueva organización del ejército en Rusia, se deben principalmente á la íntima amistad de Pedro con el suizo Lefort. Según las investigaciones hechas por Ustrialoff y Posselt, no cabe duda que Pedro conoció al suizo Lefort despues de la revolución del año 1689, y en cuanto á la cuestión de si corresponde el principio de estos regimientos de juego al año 1682 ó 1683, ó bien al 1687, ha sido estudiada detenidamente, pero no lo bastante para que nosotros podamos decidirla (1). Sabemos que las provisiones de armas y juegos militares mencionados en el capítulo relativo á la niñez de Pedro, continuaron despues del año 1682. Había estandartes y espadas, cañones de madera, tambores, lanzas y arcos. En los documentos y diarios de palacio se mencionan los nombres de aquellos que proveían de estos objetos, y son los que posteriormente ocuparon los primeros puestos, á saber: Streschkne, Golowkin, Scheremetyeff, Boris Golizyn, Lew Cirillowitz Naryschkin, y un oficial alemán llamado Simon Sommer, que fué á Rusia en 1682, y el 30 de mayo del siguiente año, es decir, en el cumpleaños de Pedro preparó de unas maniobras.

Los nombres de algunos de los compañeros de juego de Pedro en aquel tiempo están tambien allí enumerados, pero solo uno de ellos, Menschikoff, se hizo célebre (2).

Parece que estos juegos ganaron mucho terreno en el año 1687 y que el número de jóvenes que tomaron parte en aquellas diversiones militares de Pedro se aumentó considerablemente. Se hicieron maniobras en pequeña escala, ya en Preobraschensk, ya en Ssemenowsk, ya tambien en Worobjewo, y allí tomó origen la guardia rusa. Todavía hay restos de una pequeña fortaleza que llevó el nombre de Presburgo y que fué construida á orillas del bosque de Ssokol-

(1) Véase Ustrialoff, I, 23-25 y 327-331. Muy importante es la investigación de Pogodin sobre los siete primeros años de Pedro el Grande; Moscou, 1872, p. 149-181.

(2) Véase Posselt, Lefort, I, 406 y siguientes, quien utilizando los trabajos del general Rotsch, fué el primero en publicar el catálogo de los «Potieschnyjs».

niki, cerca de Preobraschensk. En el año 1688 comenzó Pedro por completar sus tropas de juego y reclamó oficiales para los regimientos. Gordon tuvo que poner á su disposición soldados, tambores y cornetas de su regimiento, y menciona en una de estas ocasiones el hecho característico de que el príncipe Basilio Golizyn se incomodó mucho porque Gordon había enviado esta tropa al Czar sin su noticia. Gordon comprendía muy bien que tenía cierta responsabilidad, y sin embargo, al día siguiente no pudo menos de enviar unos tambores y cornetas á Preobraschensk, aunque, según él mismo dice, lo hizo con «grande repugnancia.» Sofía y Golizyn eran los que gobernaban; pero se sabe que había cierta tirantez entre ellos y el joven Czar. En 9 de octubre de 1688 pasó revista Gordon á su regimiento y escogió 20 cornetas y 30 pequeños tambores, que debían ser mejor instruidos para que pudieran ponerse á las órdenes del czar Pedro. El 13 de diciembre del mismo año le fueron pedidos para el czar Pedro todos los tambores del regimiento de Gordon y además 10 soldados (3). Se ve por estas indicaciones que los juegos militares de Pedro adquirieron cierta importancia y empezaron á llamar la atención pública. Era una circunstancia notable que Pedro necesitase de la ayuda y dirección de los extranjeros. El livonio de Mengden fué nombrado coronel del regimiento de juego de Preobraschensk y su médico era en aquel tiempo un holandés llamado van der Hulst.

El mismo Pedro refirió en la introducción al reglamento marítimo, compuesto despues por él, que en una habitación de Ismailowo, donde hubo algunos objetos pertenecientes al boyardo Nikita Romanoff (4), había hallado un bote inglés; que había conocido por el holandés Francisco Timmerman á Karsten Brant, constructor que había sido de buques, y que este le había instruido en los elementos de la ciencia marina por medio de las excursiones que hicieron por el Jausa, y luego por un gran estanque, y últimamente por el lago de Cubensk y tambien por el de Perejaslaw. Karsten Brant fué llamado de Holanda en tiempos del czar Alejo para tomar parte en la construcción de un buque de guerra destinado al Volga, cuyo buque llamado «El Águila» fué incendiado el año 1671 por los cosacos rebeldes, como ya dijimos en otro lugar. Las bases que se establecieron entonces para una escuadra habían de dar sus frutos 20 años despues. Por cartas que dirigió Pedro á su madre en los años 1688 y 1689 sabemos que el joven Czar se dedicaba á aquellas excursiones marítimas con grande entusiasmo y que para él había comenzado ya una nueva vida.

En cuanto á la afición y actividad que desplegaba Pedro para el estudio, nada mejor podemos consignar que un episodio referido por él á propósito del astrolabio. Había oído hablar de este instrumento, y cuando Dolgoruky viajó por el extranjero, le rogó que le llevase uno. Dolgoruky le llevó varios instrumentos, una caja para dibujar y un astrolabio; pero Pedro no sabía cómo manejarle y entre las personas que le rodeaban, no había una que le instruyese. Por mediación del médico van der Hulst conoció Pedro á Francisco Timmermann y éste le enseñó el uso del astrolabio y fué su maestro de geometría y de fortificaciones, y su compañero diario. Resulta, pues, que los hombres que vivieron con Pedro largo tiempo y cuyos conocimientos y habilidades trató de aprender, pertenecían todos á la clase media y eran simples artesanos. El mismo tenía que procurarse sus maestros, y así su instrucción fué defectuosa y sin orden ni sistema. Pero lo que faltaba á aquellos maestros en tacto pedagógico y en sólida ciencia, lo suplía el joven Czar con

(3) Véase el Diario de Gordon, II, 227, 231 y 236. Sobre la entrega de municiones véanse los datos de Pogodin, p. 112.

(4) Primo del czar Miguel que murió en 1654.